

# LOS ÁNGELES TAMBIÉN SUEÑAN

---

*Jesús Perezagua Delgado*

*«...a pesar de los pesares,  
siempre hay alguien que nos quiere,  
siempre hay alguien que nos cuida...»*

(Raúl Ornelas. «Esta vida». 2004)

**A**

quel verano de 2011 tuve mi primer contrato laboral como enfermera. Fue de tan sólo tres meses, pero me dio la oportunidad de conocer a unas compañeras tan especiales,

que me cambiaron, de alguna manera, la forma de ver la vida. Ellas, y una enferma de las que te dejan una huella imborrable de por vida. Porque, al fin y al cabo, esta es una historia tan impregnada de humanidad como de infortunio, de ángeles y demonios, de ternura, compasión y sufrimiento.

Ocurrió en la planta de Medicina Interna de un hospital de Toledo. Allí conocí a Ionela, una joven rumana, de 29 años de edad, que llevaba allí ingresada cerca de siete años. De entrada, esto no es habitual en un hospital general. Como tampoco lo es su desdichada historia.

Ionela quedó embarazada de su novio a la edad de 19 años. Según cuentan, en el tercer mes de gestación viajó a su país con la intención de cuidar a su padre, enfermo de tuberculosis. Poco pudo hacer por él: a las pocas semanas de llegar a Rumanía el padre murió, y ella volvió de nuevo a España. Sin saberlo, aquel viaje fue su perdición.

Después de un embarazo y parto aparentemente normales, una meningitis tuberculosa la confinó en la habitación de un hospital a los pocos días de dar a luz. Apenas conoció a su hijo, pues el régimen de aislamiento a que fue sometida la separó de él a los pocos días. En realidad, nunca más volvió a verlo. El agravamiento del proceso se encargó de ello, sumiéndola en el estado vegetativo persistente en el que aún se encuentra. Su familia se hizo cargo del recién nacido.

Con el paso de los meses empezó una peregrinación de hospital en hospital, nadie sabe porqué, hasta que llegó a éste de Toledo. Estuvo primero en Cuidados Intensivos, poco más de un mes, hasta que se le retiró la ventilación

asistida con que llegó. Antes de salir para la planta, todo el hospital ya conocía el caso de Ionela, y cuando por fin llegó a su nueva habitación, la expectación del personal era enorme. Desde el primer instante fue recibida con mucho cariño: todos se volcaron con ella.

Al principio, la familia la visitaba a diario. El novio también. Pero la falta de medios económicos, el tener que cuidar al niño y la desesperanza hicieron que las visitas se distanciaran cada vez más. El padre de la criatura las distanció a más velocidad, pues al cabo de dos meses desapareció de la escena. Dicen que volvió solo a su país, donde reinició una nueva vida. A los dos años del ingreso, un aciago día, una hermana la visitó. Llevó en esa ocasión al hijo de Ionela, que tenía unos dos años de edad. Alguien presenció que el niño se agarraba a las piernas de su tía y la llamaba mamá. Eso fue hace cinco años, y nunca más volvieron.

Recuerdo perfectamente mi primer encuentro con Ionela. Entré a la habitación sola y me situé frente a ella. Estaba dormida, acostada en la cama con la cabecera elevada, rodeada de almohadas que la mantenían en una postura correcta y la inmovilización adecuada. Tenía los ojos cerrados, y los brazos y muñecas flexionadas. Me atrajo enseguida la belleza y armonía de sus facciones. Su piel blanquita y limpia, como de adolescente; labios levemente sonrosados, tiernos; cabello rubio claro, liso y bien cuidado. ¡Qué carita más hermosa! Se la veía tan delicada, tan frágil e indefensa, que inspiraba ser cuidada y protegida con mucho cariño. Puedo jurar que pensé que era un ángel dormido.

Paseé la mirada por la habitación. Limpia y ordenada, sobre el armario destacaba el colorido de algunos muñecos de peluche que le habían comprado

mis compañeras. En la pared de enfrente de la cama, dos fotografías de un bebé de pocas semanas que dormía en su cuna: su hijo. Debajo, un trozo de papel cortado a mano, con prisas, con unas líneas escritas a bolígrafo donde, en medio español medio en rumano, alguien dejó, hace tiempo, un teléfono con este mensaje: «llamar in cazul grave». Mis ojos volvieron a posarse en ella, y no pude evitar acordarme de Dios.

Era digno de ver lo bien cuidada que estaba. Tantos años en ese estado y su piel estaba íntegra, con una ausencia total de lesiones; ni un enrojecimiento siquiera. Junto a la ausencia de edemas, bien hidratada y alimentada, el pelo limpio y las uñas recortadas, se dejaban entrever unos cuidados adecuados y continuados en el tiempo. Una higiene impecable, una cama confortable y segura, colchón antiescaras de presión alternante, pañales absorbentes, lavado de la boca, vaselina en los labios, aseo de la mucosa nasal, cuidado de los ojos, masajes con productos especiales... Nada escapaba a las expertas manos del equipo de enfermería. Me conmoví cuando llegó a mis oídos que el personal de la planta mantenía, desde hace años, un fondo común para comprarle todo tipo de productos cosméticos para el cuidado de su delicada piel.

Todos los movimientos se realizaban de forma suave y pausada para no causarle dolor. Los cambios posturales, levantarla a un sillón, alimentarla... Todo era realizado por el personal con la misma delicadeza que se trata a un bebé. ¡Como si una madre cuidara a su bebé! Parecía como si quisieran brindarle los cuidados que ella no pudo ofrecer a su hijo... Y así llevaban cerca de siete años, sin bajar la guardia, sin caer en rutinas, sin caer en el desánimo.

Desde aquel día que la vi por vez primera, «la niña», como así la llamaban todos en la planta, me cautivó por completo. Y no era la única a la que le ocurría esto. En su puerta, siempre abierta, se detenían todos los que por allí pasaban: enfermos, familiares, trabajadores... A todos ellos «la niña» les inspiraba una extraña mezcla de lástima y ternura, de compasión y dolor. Y no faltaba quien se acercara a rezar a su puerta, o a dejarle alguna estampita de algún Santo o Virgen en la mesilla de noche. Sin lugar a dudas, era la mesilla que atesoraba la mayor colección de estampitas de todo el hospital: a las clásicas de San Judas Tadeo, San Antonio, San Miguel Arcángel o el Sagrado Corazón de Jesús, hay que añadir las locales, como la del Niño de la Guardia, el Cristo de Urda o La Caridad de Illescas. Una tarde, una humilde señora de avanzada edad, enlutada como lo hacían antaño las mujeres en nuestros pueblos, me dijo que rezaba por ella todos los días al mismo tiempo que lo hacía por su hija, enferma de cáncer en una habitación contigua.

Sin embargo, la historia clínica de «la niña» no dejaba margen para la esperanza: *«No manifiesta conciencia de sí misma ni del entorno, aunque mantiene una cierta conciencia. Es incapacidad para relacionarse con otros. Ausencia de respuesta voluntaria y controlada al estímulo visual, auditivo o táctil. Ausencia total de expresión o comprensión del lenguaje. Incontinencia de ambos esfínteres. Alterna periodos de sueño aparente, con los ojos cerrados, con periodos de vigilia, con ellos abiertos, en los que realiza movimientos oculares pero carentes de finalidad o de intención. No presenta movimientos intencionados, aunque realiza algunos movimientos espontáneos como masticar, chupar, seguir*

*una cara con la vista o lagrimear. No parece que tenga conciencia de sufrimiento...»*

En aquella época mi religiosidad se encontraba bajo mínimos. La muerte de mi hermano en un accidente, con tan sólo doce años de edad, fue el origen de mi escepticismo y descreimiento. Sé que no son preguntas originales, pues todo el mundo se las ha hecho alguna vez, pero a mí me asaltaron en aquel entonces, hace ya diez años: *«¿Dónde estaba Dios cuando murió mi hermano? ¿Por qué consiente muertes tan injustas?»*

Sin duda, aquella incertidumbre era fruto de la impotencia. Al fin y al cabo, cuando las cosas nos van mal, cuando vemos muertes de personas buenas e inocentes, o cuando ocurren ciertas tragedias humanitarias, nos cuesta trabajo entender por qué suceden. Llevados del desaliento, es fácil pensar entonces que Dios ha abandonado a los que sufren. Y, de paso, preguntarnos dónde está: *¿Dónde estaba Dios en Auschwitz, en Hiroshima, en Nagasaki? ¿Dónde estaba cuando el terremoto de Haití, los devastadores tsunamis y tantas tragedias que ocurren en nuestro mundo? Aquel verano del 2011 esa pregunta volvió a asaltarme una y otra vez; cada vez que pasaba delante de la puerta de «la niña», cada vez que entraba en su habitación.*

Comentan que no responde emocionalmente a los estímulos verbales; pero yo no estoy segura. Una tarde, Teresa, una de las auxiliares que lleva cuidándola desde que ingresó, le estaba dando la merienda. Me quedé en la puerta mirando la escena. «La niña» abría la boca muy despacio, cada vez que sentía la cuchara rozar sus labios. Le gustaba mucho la papilla de frutas, siempre que fuera dulce.

Teresa le hablaba, como hacía siempre, de cualquier cosa que se le ocurría. Parecían madre e hija. Una madre que alimenta a su hija enferma. Al verme apostada en la puerta, como quien habla desde el más sincero convencimiento, me dijo:

— Cristina, ¿verdad que cuando se ponga buena te la vas a llevar a buscar novio?

Dudé si hablaba para mí o para que «la niña» lo oyera.

— ¿A buscar novio? —contesté—. Me la voy a llevar a mi pueblo, y allí va a tener tantos pretendientes que los va a tener que espantar como si fueran moscas.

No sé si ella escuchó nuestras boberías, pero una de las comisuras de los labios se movió esbozando una media sonrisa. Teresa también se percató de ello y sonrió. Siguió con la merienda y, distraídamente, dijo:

— ¡Para que luego digan que no se entera de nada...!

Cuando volvimos al office con la bandeja de la merienda, Teresa me contó algo que me pareció sorprendente e inexplicable. Parece ser que, desde hace año y medio, la viene visitando un grupo de compatriotas suyo que pertenecen a cierta asociación de acción humanitaria. Los únicos compatriotas que la visitan. Vienen a verla cada dos o tres meses, por las tardes, y se interesan por su estado. Lo extraordinario ocurre cuando les oye hablar en su idioma. Las compañeras no entienden nada de lo que dicen, pero sea lo que sea, «la niña», al escuchar su lengua materna, estalla en una risa espontánea que llena toda la habitación, iluminando su cara y la de los asistentes. La risa se mantiene durante unos minutos, natural, incontrolable, congregando en la puerta a otros enfermos y

acompañantes. Al cabo de los cuales, de forma inesperada y repentina, la risa desaparece de su cara, ante la sorpresa de los espectadores. Nadie sabe explicar esta reacción.

Me vino a la memoria un suceso ocurrido meses atrás, en Inglaterra, que había leído en una revista de Enfermería: «*Un joven británico de 31 años que había pasado diez meses en coma tras sufrir un accidente de moto, despierta al escuchar la voz de su prometida por teléfono*». Y este otro, ocurrido en Granada, que ocupó muchos titulares en la prensa nacional: «*Una joven española, que despertó de un coma profundo después de cuarenta semanas, fue capaz de recordar muchas cosas de las que ocurrieron a su alrededor mientras dormía. Recordó que una tía le cantaba, y que su hermana pequeña le tocaba la guitarra*». A un magnífico profesor que me tocó en suertes en la carrera, le oí decir en cierta ocasión, hablando de estos casos, que el paciente puede estar inmóvil e inconsciente, pero que el oído es el último sentido que se pierde.

Tuve ocasión de comprobarlo de nuevo a mitad de agosto, en el día de su cumpleaños. Como en años anteriores, todo el personal de la planta colaboró en hacer de ese día algo especial. Alegamos un poco la habitación —como hacían también en Navidad— con globos, guirnaldas y otros adornos de papel. Entre todos, le regalamos una bata con dibujos de Betty Boop y tres pares de calcetines con muchos colores. Durante todo el día la habitación fue centro de peregrinaje: besos, caricias, palabras dulces por parte de todos... Y puedo asegurar que ella, desde su estado de adormecimiento, se enteraba. ¡Claro que se enteraba! Nos

regalaba con su sonrisa y parecía más despierta. Era como si tanto cariño catalizara en una fuerza invisible capaz de estimular sus neuronas aletargadas.

El verano se acabó, y con él mi contrato. Nunca se borrarán de mi memoria aquellos días junto a Ionela, ni todo lo que aprendí de mis compañeras. Me dieron una buena lección de vida. Quizá siga sin saber donde está Dios. Quizá siga preguntándomelo frente a las injusticias, frente al sufrimiento de los inocentes, la maldad gratuita o las desgracias del mundo. Estoy plenamente convencida que, de estar en algún sitio, está en el alma de la gente que cuida de los indefensos; en las personas desvalidas; en la infancia inocente; en el corazón de los humildes.



A veces, cuando ella dormía, la vi sonreír. Quiero pensar que soñaba con un niño rubio y chiquito que la llevaba de la mano por entre nubes de algodón. Quiero imaginar que vive con su hijo otra vida en otro sitio, y que todos los días le abraza y le besa hasta la saciedad. Quiero creer que, a pesar de todo, alguien la protege y hace que en su sueño sea feliz. Nadie la ha visto nunca llorar.

